

GAU-ILLA.

TRADICION VASCONGADA QUE DEDICA EL AUTOR A SU
MUI QUERIDO AMIGO D. ANTONIO DE TRUEBA, AR-
CHIVERO Y CRONISTA DEL SEÑORIO DE VIZCAYA.

No hace aun muchos años que se veian como á doscientas varas de mi casa paterna, los derruidos muros de la casa-torre de Alós.

Yo era entonces muy niño, pero aun recuerdo con tierna melancolia, el bullicioso afán, y la alegre algazara, con que nos entregabamos entre sus ruinas á los juegos favoritos de aquella edad venturosa, que cuanto mas se aleja, mas nos cautiva y encanta.

No son los muros, no, ni las ruinas de Alós, lo que echa de menos el alma, sino la dulce é inalterable paz de aquellos dichosos dias, en que nos sorprende el sueño sonriendo, y nos despertamos cantando.

Pero sobre todas estas razones, yo tengo una muy particular para no olvidar aquellos sitios.

A su vista escuché por primera vez, la relacion de los extraños sucesos que voy á referir, y á pesar del tiempo que desde entonces ha pasado, me siento vivamente conmovido cada vez que recuerdo, la infantil curiosidad con que recorriamos sus ruinas, queriendo leer hasta en sus

piedras cubiertas de musgo, la fantástica tradicion que tanto nos alhagaba, y cuyos bellisimos versos cantábamos alegremente.

El año de 1844 se levantó sobre el solar de la antigua torre una casa moderna; y una vez desaparecidos sus últimos restos, vá cayendo tambien con ellos en el olvido, hasta la memoria de su existencia.

Y, sin embargo, fué castillo poderoso y rico en un tiempo...y tuvo naves á flete...y gente de armas á servicio, y sus dueños tuvieron asiento entre los parientes mayores.

Y uno de ellos, D. Beltran Perez de Alós, casó ya algo entrado en edad con una noble mayorazga del país, que le dió una hija al año de su matrimonio; y el venturoso dia en que vino al mundo, mataron mil gallinas en los patios de la casa, y se corrieron siete toros en su emparanza (1) y se bailó el *jorrai-danza*, como dice el cantar antiguo.

Todo esto no era mas que el preludio de las grandes fiestas, que el dichoso D. Beltran preparaba en celebracion de tan fausto acontecimiento, pero la repentina muerte de la señora, acaecida á los dos dias, vino á turbar la comun alegría, con gran pesar del público, que habia consentido en divertirse largamente con aquel motivo.

Alós que amaba tiernamente á su esposa, sintió tan profundamente su pérdida, que se negó por mucho tiempo á recibir consuelo ni distraccion alguna. Pero, *Junac-jun*, (2) dice el refran vascongado, y en aquella ocasion volvió á confirmarse, la desconsoladora y amarga verdad que encierra.

¡Junac-jun! ¡Y la Señora de Alós murió y la enterraron! Y su esposo que lloró con sincero dolor su desgracia, fué sin embargo enjugando poco á poco su llanto, y á los dos años se sintió tan aliviado, que se encontró con

aliento para volverse á arrojar en el pielago matrimonial, en brazos de una arrogante y alegre doncella, hija de las riberas del Urola.

Segun cuenta la crónica, la nueva esposa de Alós era el reverso de la primera. Cuanto se hizo querer la anterior por su inalterable dulzura, y la bondad de sus elevados sentimientos, se hizo aborreeer la segunda, por la asperceza de su carácter orgulloso, y violento.

Pero en esto corria el tiempo, y Alós se veia ya padre de otras dos hijas.

Corria el tiempo, y la hija del primer matrimonio, crecia gallarda como un lirio, hermosa como el dia, y buena y cariñosa como su madre; rodeada de las bendiciones del pueblo, que la queria como á su providencia, y perseguida por el desvío y la version de su madrastra y hermanas.

Alós-Usua, (3) que asi la llamaban, lloraba en silencio sentimientos tan inmerecidos, y procuraba en vano á fuerza de abnegacion y paciencia, inspirarlas el cariño, que en un principio sentia por ellas.

Su uoble padre que la amaba apasionadamente á pesar de las malévolas sugerencias de su muger, observaba con amarga tristeza el despego de que era víctima, y procuraba en cuanto le era posible, atraer á la madrastra y sus hijas á mejores sentimientos, al par que prodigaba á la infortunada niña, toda la ternura y cariño de su corazon de padre. ¡Único consuelo que encontraba la infeliz, en el triste y ofensivo desamparo en que vivia! Pero convencido al fin de la ineficacia de sus tentativas, y previendo, que segun iban las cosas, toda su proteccion y ternura no bastaria á librarla del horrible martirio á que la condenaba la sorda y cruel envidia de su familia, se decidió á casarla, para sustraerla á su poder.

Pero en esto resonó en las montañas el grito de guer-

ra, y Alós hubo de dejar su casa y sus proyectos, para ir á Castilla contra moros al frente de sus gentes.

Algo de misterioso y terrible debia ocurrir en la Casa-Torre en ausencia de su noble dueño. Las gentes al pasar por sus puertas dirigian torvas miradas al interior, y se retiraban murmurando alguna maldicion en voz baja. Los deudos y parientes evitaban manifiestamente tratar con la madrastra y sus hijas, y por fin Alós-Usua iba consumiéndose visible y rápidamente al peso de sombríos é indefinibles pesares!

—“No tiene nada”, decian los médicos consultados acerca de su extraña enfermedad.

—“No tengo nada” repetia ella con melancólica sonrisa, murmurando en voz baja...no tengo nada, es verdad..., pero si mi buen padre no llega pronto, encontrará frio el lecho de la pobre Alós-Usua!

Ciertamente que á los ojos de los curiosos, nada ocurría á la triste niña, que por otra parte debia hallarse ya acostumbrada al mal trato de los suyos.

Pero podian no ser padecimientos personales tan solo, los que robaban la salud y la vida en la fuerza de su juventud á la infortunada doncella; que para sus propios pesares encontraba su corazon de ángel, calma y resignacion al pie de los altares.

’ Pero acaso...mientras el noble anciano derramaba su sangre por añadir un timbre á sus blasones, arrastraban su honra por el suelo, quienes mas debian mirar por ella.

Acaso veia por sus propios ojos la desventurada jóven, las negras sombras que daban pábulo á las injuriosas murmuraciones que corrian con escándalo de boca en boca.

Y ella, que amaba apasionadamente á su padre, que poseia una alma casta é imaculada, y que sentia correr

por sus venas la limpia sangre de su noble raza, sufría á tan torpes liviandades, como hija en sus sentimientos, en su pudor como virgen, y como dama de Alós en su orgullo.

Pero al fin despues de un año de ausencia, volvió D. Beltran á casa, y encontró á su hija triste y moribunda.

El apasionado anciano estrechándola en sus brazos, preguntaba con tierno interes por la causa de su abatimiento, y ella rompiendo en llanto contestaba: ¡No sé, padre mio! Pero huyamos lejos, muy lejos de esta casa!

“¡Tu estas loca, hija mia! replicaba el padre”

Pero Alós-Usua respondia: ¡No, no! Huyamos, padre mio, y en cualquier ricon del mundo, sin mas amor que vuestro cariño, sin mas anhelo que vuestro bienestar, haré dichosos y tranquilos los últimos dias de vuestra vida!

El honrado Beltran se sorprendia del extraño é incomprendible lenguaje de su hija, pero atribuyéndolo á la exaltacion de sus sentimientos exacerbados por el sufrimiento, volvió á su anterior proyecto de casarla.

Entre los muchos pretendientes que la atraian su hermosura y sus riquezas, se distinguia un mayorazgo de Vidania, tanto por la gallardia de su persona, como por su cuna, pero sobre todo, por sus desarregladísimas costumbres, cuya circunstancia no impidió que obtuviera desde luego para sus pretensiones, todo el apoyo de la señora de Alós.

El desdichado viejo, cediendo en esta ocasion como siempre, al irresistible influjo de su esposa, arregló el matrimonio de su hija con quien al parecer lo merecia menos, y la pobre niña acostumbrada á obedecer ciegamente en todo, entregó su mano sin amor ni entusiasmo, pero satisfecha y contenta en la seguridad, de que por mal que la fuera, no habia de costarla su nuevo estado

los pesares y lágrimas, que habian amargado hasta entonces su vida.

Casáronse, pues, y partieron á Vidania, restableciéndose aparentemente la calma en la familia de Alós.

No dejaba de preocupar sin embargo á D. Beltran, el recuerdo de las repetidas súplicas, y el incomprensible empeño de su hija en alejarle de casa; y llegando á sospechar que tanta insistencia pudiera encerrar algun misterio, resolvió tener una explicacion con un huérfano recogido desde la niñez en casa, y que por la confianza que merecia en ella, debia hallarse al corriente de todos los secretos.

No correspondieron á sus esperanzas los resultados de esta entrevista. El jóven se manifestó desde luego tan visiblemente apasionado á favor de la madrastra, y tan prevenido contra la hija, que no vaciló en señalarla como el único origen de las disensiones de la familia, y como ocasion de los licenciosos discursos del vulgo.

Pero Alós, que admiraba con orgullo los puros y elevados sentimientos de la primogénita, y que á pesar de las malévolas sugerencias de su madrastra la quería apasionadamente, se sintió á las palabras del jóven tan lastimado en sus afecciones paternas, que no pudiendo reprimirse, le confundió desapiadadamente bajo el peso de su cólera y su indignacion.

Pero á los pocos momentos, volvieron la calma y la serenidad á su agitado espíritu, y con ellas un profundo pesar por el violento arretrato á que se habia entregado, pues temia que la dureza con que le habia tratado, obligaria al pobre huérfano, á romper con ellos, y á abandonar la casa. Pero afortunada ó desgraciadamente, no sucedió así. Muy lejos de eso, desde aquel dia, se mostró mas amable que nunca, y continuó viviendo en ella, como si nada hubiéra ocurrido.

A la verdad D. Beltran recibió en ello una verdadera satisfaccion, que era sincero y profundo el cariño que le profesaba. Por una parte, cierto parentesco que con él le unia, como hijo natural que era de un primo suyo, y sobre todo, los lazos de afeccion y confianza que forma en los corazones honrados la vida íntima y expansiva de la familia, hicieron que el bondadoso anciano llegára á considerarle como un hijo. Pero á pesar de todo, no pudieron menos de sorprenderle tanta sangre fria y tanta impassibilidad, en una edad, en que generalmente es tan susceptible el amor propio, y tan exaltados los sentimientos; lo cual unido á ciertos rumores que de tiempo en tiempo llegaban á sus oidos, principiaron á despertar en su ánimo amargas y dolorosas sospechas.

A pesar de su carácter crédulo y confiado, la horrible duda comenzó á atormentar su corazon generoso. Nada claro, nada preciso encontraba en verdad, que pudiera confirmar sus temores. Nadie á quien acusar, á quien pedir euentas de los afrontosos rumores, de los que adivinaba, sin embargo, ser él objeto; pero una voz interior le decia, que alguna terrible desgracia pesaba sobre su frente, que la atmósfera que respiraba estaba corrompida, y que la traicion y la deslealtad le cercaban misteriosamente por todas partes.

En esos momentos de amargura y desaliento es cuando volvía á herir con mas fuerza que nunca su atribulada memoria, la dulce imágen de su querida Usua, enterneciéndole profundamente su corazon el grato recuerdo del afectuoso y consolador cariño con que tantas veces mitigaba sus penas; y un dia no pudiendo ya resistir á la emociion que le producía, partió á Vidania á verse con ella.

Nadie puede dar idea, de la alegría, del contento y de la sincera efusion de la jóven, al abrazar una y mil veces á

su padre, despues de un año de separacion.

No tardó sin embargo en conocer, que tanta parte como el cariño habia tenido en el viaje de D. Beltran el deseo de averiguar algo sobre los tristes sucesos que tanto le preocupaban; por lo que resolvió obrar con la mayor discrecion, á fin de no cometer alguna imprudencia que pudiera comprometer á su familia.

En vano pues el anciano, aparentando la mayor indiferencia, dirigia insidiosamente á su hija mil y mil preguntas, sobre el mal trato que habia sufrido de su madre y hermanas, queriendo animarla asi á hacer algunas revelaciones.

Alós-Usua, que conocia la incontrastable fiereza, que en materias de honra dominaba en el fondo del carácter aparentemente débil é irresoluto de su padre, procuró justificar á su familia, y trató de desvanecer las cruces sospechas que principiaban á germinar en su pecho.

Si no consiguió del todo su objeto, tuvo al menos el consuelo de verle partir mas tranquilo y sosegado que á su llegada.

No pudo ocultarse tampoco á la penetracion de la señora de Alós la honda preocupacion de que era víctima su marido, y su talento y su conciencia la revelaron á la vez su causa.

Aunque tan fatal descubrimiento no dejó de alarmarla en un principio, tardó poco en tranquilizarse, al considerar el irresistible ascendiente que ejercia sobre él, lo que la inspiraba la seguridad, de que en la primera explicacion que mediara entre ellos, conseguiria disipar sus sospechas.

Y asi sucedió. Arrastrado á una conferencia por la artera dama, salió de ella el bueno de Alós convertido de acusador en penitente, y culpando su necia credulidad, que le hacia acoger iudignas suposiciones, que asi ofen-

dian la virtud de una esposa, que consideraba ya como modelo de ternura y de fidelidad conyugal.

Pero pasaba el tiempo, y los rumores crecian cada dia, y volvía Alós á abismarse en negras y sombrías cavilaciones, que su muger conseguia desvanecer, es cierto, pero para levantarse de nuevo con mas fuerza.

Y una noche trabándose de palabras con un marino, amigo suyo, recibió de él uno de aquellos insultos, que inferian la deshonra en la frente, y que en aquella época, solo se lavaban con sangre.

Despues de una opípara cena, suscitóse una disputa entre los vapores del vino, y el rudo marino algo escitado, y burlándose del anciano, habló de «cierto hijo vil de ganancia» nacido en una casa-torre mientras su dueño se hallaba en Castilla. La alusion fué tan directa, que la comprendió hasta el mismo Alós; pero aunque hubiera querido acariciar alguna ilusion sobre ella, la hubieran desvanecido las explicaciones que mediaron luego.

Fácil es de comprender como terminaria aquel incidente. El inconsiderado marino cayó á los golpes de su adversario, pero dejando encendido en su corazon un infierno de desesperacion y de rábía.

En tan terribles circunstancias, la señora de Alós desplegó todos los recursos, todos los artificios que puede inspirar á la vez la pasion, el ingenio, y el instinto de la propia conservacion. No pudiendo negar el hecho del ilegítimo nacimiento de un niño en casa, pues era ya de pública notoriedad, lo atribuyó resueltamente á la mayorazga, y puede decirse en prueba de su rara habilidad, que si no logró persuadir completamente á su esposo, consiguió al menos, que sus sospechas se dividieran entre ambas.

Pero de todos modos, Alós conocia su deshonra, y que el criminal vivia impune; y estas dos ideas le consumian

de dolor y de vergüenza. ¡Oh! Yo he de averiguar, gritaba con voz ronca en sus accesos de furor, y ¡ay de la muger liviana, que ha vilipendiado mi nombre!

Y un dia corrió de boca en boca la noticia de la muerte de D. Beltran Perez de Alós.

Causó general sentimiento su desgracia, pues fué siempre muy querido por su bondad y nobleza, y era profunda la compasion que últimamente inspiraba por las aflicciones de que se veía rodeado en su vejez.

Así es, que al punto se encontró llena la casa de gentes que venían á enterarse de las circunstancias de tan inesperado suceso, que confirmaban el desorden, el llanto, y los gemidos que resonaban en ella.

Decíase, que habiéndose sentido el honrado anciano la víspera á la noche, algun tanto indispuerto, habia llamado para asistirle á un médico íntimo amigo suyo, que desde luego pronosticó una catástrofe, que desgraciadamente se realizó á las pocas horas.

La muger y sus hijas se deshacian en lágrimas, ensordeciendo la casa con sus lamentos. Pero al cabo no habia remedio, y hubo que disponer su entierro.

Como no podia menos, Alós-Usua fué tambien invitada á las exequias, y con sorpresa de todos, llegó á tiempo para la *Gau-illa*.

Gau-illa, que en vascuence significa, noche de muerte, es una ceremonia fúnebre, que aun se conserva en el país vascongado con religioso respeto, pero despojada sin embargo de algunas de las circunstancias que la acompañaban en los antiguos tiempos, y que eran precisamente las que la daban un carácter profundamente moral y filosófico.

La víspera del dia designado para su entierro, se encerraba el cadáver en el ataúd, y al acercarse la noche, se le colocaba en el centro del salon rodeado de multitud

de luces. Arrodillados todos los miembros de la familia en torno á la caja mortuoria, principiaban á orar á una voz por el descanso de su alma, y en seguida iban entonando de mayor á menor el *canto fúnebre* con voz entrecortada por los sollozos. Reduciase este, á la celebracion, ya sea en verso, ya en prosa, de las virtudes y de los nobles hechos del difunto, cuidando de rendir una espresion de gratitud á aquellos que con su cariño ó con su adhesion, hubiesen contribuido en vida á su bienestar y ventura.

Pero tambien en aquel momento, desgarrado el torpe velo del poder y la fortuna ante la lúgubre magestad de la muerte, se espíaban á su vez la traidora intriga; los falsos halagos, la negra hipocresia, y la ambicion bastarda.

Allí, al trémulo fulgor de las funerarias achas, y ante el cadáver de la inocente virgen, levantaba su voz la desconsolada madre, acusando el áspero tratamiento del padre, mientras el corazon gemia oprimido de angustia por tan temprana muerte.

Otras veces, el severo y terrible acento de un pariente del difunto pedia cuentas ante su cadáver, á la liviana esposa, que le habia arrastrado entre la deshonra y los celos á la desesperacion y á la tumba.

Y el engañado padre, y la maltratada hija, el ultrajado esposo, y la muger burlada, iban abriendo al amparo de una tumba su corazon lastimado, y exhalando las mal reprimidas y dolientes quejas.

¡Oh! en aquel solemne juicio, mezquina parodia como todo lo humano, del gran dia de la justicia Divina, desprendida el alma de los torpes vínculos de la carne, concedia á la virtud el premio de sus sacrificios, y la reprobacion al vicio.

Ya hacia algun tiempo que habia principiado la Gau-

illa, cuando llegó Alós-Usua. La madrastra y sus dos hijas envueltas en negros mantos, rezaban en coro, pues habian terminado sus cantos. La jóven entró precipitadamente en el salon, subiendo de dos en dos las escaleras de la torre, y se dirigió bañada en llanto á la caja mortuoria. Con mano trémula y el pecho palpitante, levantó la tapa... y tendió los brazos para estrechar entre ellos el inanimado cadáver de su padre, cuando interponiéndose la madrastra y el huérfano, que se hallaba con ellas, la separaron bruscamente á un lado. En vano suplicó, lloró y gimió la atribulada hija; no consiguió dar el abrazo de despedida al noble anciano, que tanto la habia amado en vida, y cuya pérdida lloraba sin consuelo.

Haciendo sin embargo un esfuerzo para reponerse, se encaminó á dar el beso de paz á su madre, pero esta al sentir cerca de sí el rostro de la jóven, volvió desdeñosamente la cabeza á un lado. Ahogando un suspiro, y reprimiendo un movimiento de altivez, se dirigió con el mismo objeto á sus hermanas, pero estas imitaron á su madre.

No pudo ya la desdichada con tanta humillacion, despues de siete años de ausencia, y á la vista del sagrado cadáver de su malogrado padre.

Levantó con orgullo su frente, las miró un momento con desdeñosa arrogancia, y echándose de rodillas al pie del feretro, entonó con voz sonora el siguiente canto fúnebre: (1)

Echeeder leyohague onetan,
ez naiz sartu zazpiurte aüvetan,
eta zortzi garrenian
neretzat zorigaitzian
Aita Beltranen illtzian.

Hace siete años que no he entrado
en esta hermosa casa sin ventanas,
y (vengo) en el octavo por desdicha mia,
por la muerte de mi padre
Beltran.

(1) Hemos procurado en la traduccion de este canto ceñirnos en

A este doloroso recuerdo, un torrente de lágrimas brotó á los ojos de la jóven, pero ahogando la profunda emociion que la dominaba, continuó con voz trémula.

Amandria neria nizaz
bi erdi eguin zanian,
milla ollo ill eta
ezcaratzian,
zazpi cecen corritu ere
emparantzian,
ni ere banengüen
lumacho artian,
eta nere Ama-andria
urre gorüña artian.

Cuando mi señora madre se
abrió en dos para darme á luz,
mil gallinas murieron en las
cocinas.
Siete toros se corrieron
en nuestra plazuela,
mientras á mi me tenian
sobre blanda pluma,
y á mi señora madre
entre cortinas doradas.

Un fugaz relámpago de orgullo cruzó por los ojos de la noble mayorazga, al recordar la alegria y los esplendidos festejos con que se celebró su nacimiento; pero puesta instantaneamente, y cediendo á las dolorosas memorias de su juventud tan tristemente perdida entre aquellos muros, continuó su cánto con melancólico y apagado acento.

lo posible á los giros y modismos del vascuence á fin de que se comprenda mejor el estilo particular de sus poesias antiguas. Toda obra pierde de su vigor y fuerza al ser vertida á idioma extraño, pero en cuanto á las vascongadas puede decirse sin exageracion, que apenas son un palido reflejo de las originales. Prueba de ello este cánto, que en mi opinion es de las mas bellas producciones poéticas de ese pais, y sin duda alguna la mas completa, y que lo damos, sin embargo, con el fundado temor de que parezca monótono y frio á oídos castellanos, siendo asi que para nosotros nada mas dulce y armonioso que sus magníficas estancias. Tierno y melancólico unas veces, fresco y puro en otras, brotan siempre sus versos un sentimiento de irresistible encanto, que solo se encuentra en las producciones espontáneas de las naturalezas primitivas. Pero de todos modos, sino como modelo de gusto literario, siempre será curioso como monumento de los originales hábitos y costumbres de un pais, que poco conocido ahora, lo es menos en los antiguos tiempos á que se refiere.

Guero Vidania guztian
bat zan eroric eta zororic,
Aita-jauna neriac aüra
senartzat emandit,
baña ez nuque trucatuco
obiagoagatic.
Aita-jauna neriac
niri eman cidan
imiñan dotia,
Ama-andriac ere isihillic
bere partia.

Mas tarde...en todo Vidania solo
se conocia un atolondrado y loco,
y fué el que mi Señor padre eligió
para esposo mio.
Pero hoy no lo cambiaria
por otro mejor.
Mi señor padre al casarme
me dió la dote
en celenines,
y tambien mi Señora madre
reservadamente su parte.

Aquí hizo una corta pausa y continuó:

Lenen gabian
beguiac viotzac luen mendian,
baita berriz ere bigarrenian:
Irugarrena igaro baño len
ondo poztu cinan Alós-torria
eldu zalaco neregán semia.

En la primera noche
sucubieron al sueño el corazón y los ojos;
tambien en la segunda:
Pero antes que pasára la tercera...
bien te alegraste ¡Ob! torre de Alós,
porque germinó un hijo en el seno de
tu hija.

Con esta última estrofa hubiera terminado tal vez su
canto Alós-Usua, si al fijar involuntariamente los ojos en
su madrastra y hermanas, no hubiera observado la expresion
de odio y de venganza con que la miraban. Irritada
ella á su vez por tan inmerecido encono, hizo un esfuerzo
para serenarse, y con voz vibrante, y sonora, reanudó su
interrumpida improvisacion, marcando de una manera
intencional y profunda cada una de sus palabras.

Alós-torria ¡Bay, Alós-torria!
¡Alós-torreco
escallera lucia!
Alós-torrian
nenguanian
goruetan
bela beltzac *cuá, cuá*
leyuetan.
Andic jaiqui eta
urre goruaz jó nuan.
Baña andic laster
berri gaiztuac jó ninduau.

¡Oh torre de Alós! ¡Oh torre de Alós!
¡Cuan grande es la escalera
de la torre de Alós!
Encontrándome un dia hilando
en la torre de Alós,
llegó un *cuervo negro* graznando
cuá, cuá en mis ventanas.
Me levanté y le di
con mi rueda de oro.
Pero en vano, que al poco tiempo llegaron
funestas nuevas
á mis oidos.

El ingrato huérfano, que mas de una vez habia sufrido
ágrimas reconvenções de la jóven, por la negra descaltad
con que correspondia al noble anciano á quien todo se lo
debía, se creyó, y con razon, aludido por la cantora. y

Zaldunac esancion, ¡ishi, ishi!
Ama dollorcumia!
Ez da bada ori zure
eza teria.

El caballero le dijo; ¡Calle! ¡calle!
Hija de ruin madre!
son palabras esas
que no deben pronunciar tus labios.

Pero Alós-Usua fijando en el arrogante mancebo su
mirada dura y severa, replicó con imperio:

Ishi! Ishi! Zaldun odol
charreco gaztia!
Ala ere guchiago zan
zure eguimpidia!
Aizpa ederrac or daude
ederric eta galantic,
atz ederrac eraztunez
beteric:
Ez daucatela mantubetan
zuloric.
Ala ere guchiago
beguiyan negarric.
Ama-andriari ere bai
poza dariyó;
nere viotzari bacarric
mindura jariyó!

Calle! calle! el caballero
de baja sangre!
Aunque es bien cierto, que no es él
aqui el mas culpable.
He aqui mis bellas hermanas,
bien frescas y hermosas,
con los dedos blancos
llenos de sortijas:
Sin agujeros en los mantos;
y por fortuna con menos
lágrimas en los ojos.
La señora madre tambien
rebosa de contento.
Solo mi pobre corazón
destila pesar y amargura!

Al concluir la última estrofa, la madrastra y sus hijas
levantándose simultáneamente se acercaron á la mayoraz-
ga en ademan amenazador, seguidas del huérfano cuyos
dedos acariciaban bajo la ropilla el reluciente mango de
un puñal. No se acobardó, sin embargo la noble jóven.
Herida por el contrario en su altivez, púsose tambien
en pie, y terminó su canto diciendo:

Aita-jauua neria
 Gastelan zanian,
 Ishil ascoric jayo zan
 Alós-torrian senia.
 Eta ala ere ishilagoric
 Dago haquian
 Acitzen Zarauz aldian.
 Gure jatorriarren loituquerian
 Ay! au miadura belzá,
 Ay nere lotzá!
 Alavac negarra ta,
 Aitac lur otzá!
 ¿ Ceñec loitu zaitu zu,
 Alós-torria?
 ¡Ay! nere Aita maite,
 Aita maitía!
 Illzia ondo eguin dezu,
 Aita-jauu maitía!

Cuando mi señor padre
 Se hallaba en Castilla,
 Con harto silencio nació
 Un hijo en la Torre de Alós.
 Y por fortuna, con harto misterio
 Se encuentra aun vivo
 Hácia Zarauz,
 Para afrenta de nuestra raza!
 ¡Ay! cuanta es mi amargura!
 ¡Ah cuanta mi vergüenza!
 Solo quedan para la hija el llanto,
 Para el padre la fría tierra!
 ¿Quién arrojó tal mancha sobre ti,
 ¡Oh torre de Alós?
 ¡Ay! mi querido padre,
 Querido padre mio!
 Bien has hecho en morirte
 Querido padre mio!

No bien acabó la joven de pronunciar las últimas palabras, cuando la madrastra dió un grito, que mas parecia un rugido, mirando al propio tiempo á su cómplice de un modo significativo. Este comprendiendo la señal, hundió su mano izquierda en la rubia cabellera de Alós-Usua, y levantó la diestra armada de un puñal...pero en aquel momento rodó con estrépito la caja mortuoria, y el pérfido y desleal manco exhalando un doloroso gemido, cayó bañado en sangre á los pies de D. Beltran Perez de Alós.

En seguida el resucitado anciano abrazando con efusion á la atónita joven, exclamó con voz cariñosa y conmovida: ¡ Oh! Preciso ha sido hundirme en el ataúd para descubrir el misterio terrible de mi deshonra, y la sublime abnegacion de tu alma pura! ¡Oh ángel mio! Hoy lo conozco: tu eres la hija de mi corazon y de mi sangre!
 —Perdon para los culpables, padre mio! Basta de sangre!
 —Bien, bien! No quiero turbar tu alegría, mi pobre

Alós-Usua. En cuanto á ese ingrato y desleal manco, fué preciso que muriera, para salvar tu vida. Ahora ocupará mi lugar, y será sepultado en mi nombre, con el vergonzoso misterio de mi afrenta. ¡Oh! Nunca falla la justicia de Dios! El asaltó en vida mi tálamo nupcial...y yo le arrojé cadáver en mi lecho de muerte!

Al día siguiente se verificó con gran pompa el entierro de D. Beltran Perez de Alós, no sin que llamára la atencion de las gentes, la ausencia del huérfano en tan solemne acto. Cierto es, que tampoco hubo en adelante noticia alguna de él.

A los ocho días tomaban el velo en un convento de Navarra la madrastra y sus hijas, y finalmente á los quince, se levantó la casa de Alós, y por causas que no pudieron explicarse, su heredera pasó á vivir con su familia á ciertas haciendas, que tenian en el interior.

La acompañaba un anciano, que se ocultaba con mucho misterio, y de quien nadie daba razon, si bien hubo algunos que creyeron encontrar en su estatura y su aire, alguna semejanza con D. Beltran Perez de Alós.

Pero sea lo que fuere; aquella familia vió correr el resto de sus días en medio de una paz y una felicidad, que rara vez se dejan gozar en esta tierra de llanto. Cierto es, que no dejaban de levantarse de tiempo en tiempo algunas nubes sombrías en el corazon del honrado anciano, pero si alguna vez se resistian á la tierna solicitud de Alós-Usua y su enamorado esposo, nunca dejaban de disiparse á los inocentes alhagos de sus dos hermosísimos nietos, cuya predileccion y cariño hicieron la felicidad y el orgullo de sus últimos años.

FIN.

NOTAS.

- (1) *Emparanza*. Plazoletas que tenían frente á su fachada, la mayor parte de las casas-torres del país Vascongado.
- (2) *Junac-jun*. Los idos...idos. Refran vascongado que equivale al castellano de »al que se muere lo entierran«
- (3) *Alós-Usuu*. Paloma de Alós.

